

Domingo Melfi

Notas e imágenes del Congreso de Escritores (1)



CUANDO Jules Romains pronuncia en la sesión inaugural del Congreso de los P. E. N. Club, en Buenos Aires, las primeras palabras de afirmación de la libertad, en medio de atronadores aplausos, queda de hecho fijada la línea que habrán de seguir en lo sucesivo los debates. Inmediatamente, yo pienso en las campañas rudas de la prensa izquierdista de Buenos Aires, sostenidas contra el Congreso un mes antes de verificarse la primera reunión. El público inmenso que asiste a esta sesión solemne, que presiden el jefe de la nación argentina, su gabinete, el cuerpo diplomático y gran número de invi-

(1) La acogida que el *P. E. N. Club* argentino, el gobierno, la prensa y la sociedad, dispensaron a los delegados de todo el mundo reunidos en Buenos Aires, fué cordial y efusiva. El inmenso público que asistió a las deliberaciones, comprensivo y cálido. Todo se unió así para que los escritores sintieran que se encontraban como en la propia casa y la trascendencia de este Congreso que en un principio se trató de aminorar, fué subrayada con elocuencia en los comentarios de prensa, en el atento interés con que todos siguieron los debates y en la generosa hospitalidad que cada institución o cada grupo demostró en todo momento, a los delegados extranjeros.

tados oficiales, prorrumpe en ovaciones clamorosas que se prolongan durante varios minutos. ¿Se aplaude al orador o se protesta contra los posibles núcleos fascitizantes que, según dicen algunos argentinos, merodea en la ciudad a la espera de acontecimientos decisivos? Nada se sabe en definitiva. La afirmación de Romaines es la concreción de una postura ideológica, que nadie puede discutir. El arte está al servicio de la libertad, no de las tiranías y, por lo tanto, es preciso ver en esas demostraciones, una recuperación de la dignidad humana en el momento en que gran parte del mundo sufre las más dolorosas humillaciones. El fondo del hombre se rebela contra toda autoridad despótica y si se cree que el arte o para reducir la expresión, el escritor. debe ser un hombre indiferente a las angustias que sufre el mundo, en el encadenamiento de lo máspreciado de su naturaleza, se piensa sin lógica, o en desacuerdo con la propia naturaleza humana.

Romaines hace gala de una serenidad perfecta. Lee con intención y con maestría. Sus ojos azules se levantan a ratos del papel y se fijan, según su costumbre, en un lugar indeterminado. Es de baja estatura, pero se adivina en él, en la fina y fría sonrisa que ilumina su rostro tostado y juvenil, en la erguida prestancia de su cabeza perfilada de francés, una voluntad insobornable, un altivo desdén por las consecuencias que puede acarrear su oración democrática. Es el poeta que ya se ha dirigido en una oda célebre a la «muchedumbre sentada en un teatro». Sus palabras van saliendo como subraya-

das del fondo del discurso, en el cual ha acumulado sus mejores pensamientos acerca de la misión del escritor. Las ovaciones interrumpen varias veces el curso de la lectura. Se siente ya la atmósfera cargada con ese rumor que anticipa las decisiones fundamentales y en el cual se mezclan algunas ráfagas calientes, cargadas de pasión y de lucha.

Todo comienza a impregnarse de pasión y de lucha. Por contraste quizá con las campañas contra el Congreso, el público se muestra bullicioso y resuelto. Es difícil, por lo demás, que el ambiente pueda substraerse a la presión trágica de la angustia que padece el mundo. ¿Representan esos escritores el pensamiento del mundo en agonía, o son simples estetas que van a cambiar impresiones íntimas y estrictamente personales? ¿Han llegado a Buenos Aires para comunicarse en la intimidad de unas sesiones sus gustos artísticos, sus preferencias de escuela, sus pequeñas amarguras de autores incomprendidos? Los que permanecen fuera de la zona de tensión son prontamente condenados a la inmovilidad. El propio Romaines ha cumplido una obra literaria de fina factura estética. Es un creador de materia artística. ¿Excluye acaso ese hecho, la posibilidad de que afirme que la libertad es el don máspreciado del escritor y que defenderla es defender el patrimonio más noble del hombre artista? Mientras media Europa agoniza bajo las cadenas de la dictadura y sus escritores son obligados a guardar silencio, deben los delegados de todo el mundo mantenerse mudos y preferir que la democracia

no sea mencionada para no herir el pudor de algunos espíritus fragmentarios, a los que nada les importa la suerte o el destino mismo del escritor? No se propicia, por lo demás, que el arte deba mezclarse en las violencias de la calle. Se clama porque el arte conserve la grandeza de su misión, sirviendo a la libertad y a la justicia.

Romains no desmiente un momento su línea intelectual. Algo hay en ese hombre, como en su oda, de austero y de abstracto. El unanímista que cantó un día el alma de la calle ha comprendido más tarde, en el drama de Europa, del que es uno de sus representantes, que el dolor, la crisis y las nuevas violencias que la guerra ha creado, llevan al mundo occidental a su ruina definitiva. Por lo tanto, llama al escritor de todos los ángulos a defender el resto de libertad que aun subsiste en el mundo y con él la verdadera democracia de los que saben ser justos, nobles y humanos con el sufrimiento colectivo.

Reproduzco las palabras medulares de su discurso, la profesión de fe del autor de *Los hombres de buena voluntad*:

«Cuando la literatura, por una desviación pasajera, se pronuncia contra la libertad, se pronuncia en realidad contra sí misma, y no tarda en purgar su falta. Languidece y perece pronto en la estrechez de la servidumbre que imprudentemente había aclamado. *Y es que no puede haber, mirándolo bien, literatura contra la democracia y contra el pueblo.* Quiero decir con esto, que es posible que en diversas épocas, y aun ahora, en

la nuestra, la literatura no haya estado en comunión más que con fracciones restringidas de la humanidad. Pero es que entonces la masa no había conseguido acceso a la verdadera civilización, que implica la cultura, y sólo un pequeño número de hombres formaba en realidad el pueblo. Pero cada vez que comenzó a realizarse la democracia, y en la medida que ella puede hacerlo, la literatura no pudo pronunciarse contra ella ni divorciarse de ella. No voy a cometer el error de atribuir a los humildes, a los desheredados, a aquéllos a quienes se denomina «simples», una superioridad cualquiera de discernimiento o de aspiraciones. Por el contrario, los creo sometidos, tanto o más que los otros, a los errores del juicio y del gusto, a la vulgaridad, a la satisfacción de sus escasos merecimientos. *Pero la democracia consiste justamente en querer que haya menos humildes, menos desheredados, menos simples; en querer que todo hombre parta del pueblo, y en dar al hombre una definición tan elevada, tan ambiciosa, que trabajar para él sea una tarea digna de los más grandes espíritus, y trabajar contra él se transforme en algo huérfano de sentido.*

Veis entonces, señores, que al hablaros de una organización del poder espiritual yo no reclamaba para él nada que fuera una amenaza para la libertad común. Una dictadura del saber y del pensamiento me causaría también un gran temor.

A decir verdad, el espíritu rechaza todas las dictaduras, incluso la suya propia. Como lo han demostrado sus más grandes representantes de todas las épocas, y agregaré, dirigiéndome a los católicos, como lo demostró el mismo Cristo, *el espíritu no quiere reinar más que por la virtud de la adhesión libre y del amor.* No impone silencio a nada, no humilla a nadie, no despoja a nadie; procede por irradiación, e irradiar, es un modo de dar; es dar sin elegir el destinatario, sin excluir a ninguno.

«Soñamos en una libertad esclarecida por el espíritu, la libertad de todos aclarada por el espíritu de los mejores, y porque el espíritu de los mejores consiga provocar un despertar de armó-

nicas vibraciones en el alma de todos. Contamos con la inteligencia para ayudar a destruir las antiguas violencias y las viejas injusticias, o para disolver de nuevo a las que, destruídas ya una vez, volvieron a constituirse poco después. Toda violencia, cualquiera sea su origen, nos es odiosa. Todas las guerras se hacen contra nosotros. Queremos la paz entre los hombres, porque así nos lo han enseñado exactamente las más grandes voces del espíritu que han hablado sobre la tierra, desde su origen, sin desmentirse jamás, y porque aun faltándonos esa enseñanza, sería suficiente la experiencia para probarnos que todas las guerras entre los hombres dejan en el suelo, además de las víctimas de carne, un gran herido, que es el espíritu».

Romains ha ganado con estas palabras, enteramente a la opinión y pasa a ser el hombre más aplaudido del Congreso. Los delegados se sienten perfectamente representados en ese discurso. No ha dicho sino lo que cada uno hubiera dicho más imperfectamente, por cierto, pero con idéntica sinceridad. Ninguno de los que han llegado desde las regiones más distantes del planeta, devorando miles de millas marinas o miles de leguas terrestres, hubiera condenado la voz de Romains. Por eso, si hubo excepciones ellas pasaron inadvertidas. El mundo está enloquecido de fiebre bélica y es difícil ahora encontrar hombres que puedan permanecer serenos, en la posición que corresponde al escritor en el drama de la vida y de la inteligencia.

Días después, en una breve charla con Zweig, respondiendo a una pregunta mía sobre la situación de Europa, me dijo con la afabilidad que era en él característica:

«Media Europa gime bajo cadenas y los escritores tenemos hoy una misión muy difícil, por no decir terriblemente peligrosa. ¿Dónde vamos a situarnos mañana? Europa está enloquecida y no quiere saber nada con los antiguos conceptos de la democracia. Quedan algunos países en los cuales aun podemos respirar el aire de la libertad. ¿Pero estamos seguros de que ese aire pueda continuar sirviéndonos para prolongar nuestra vida? El mundo europeo se ha habituado a una idea desconsoladora y trágica, la de que todo terminará en una hecatombe peor que la de 1914. ¿Comprende usted? En todas partes, oímos vaticinios sombríos. Nosotros escribimos bajo la amenaza de tener que abrir a cada instante la ventana de nuestro refugio íntimo para ver o escuchar de que parte suenan los cañones y hacia donde se dirigen los pájaros de acero. Toda la literatura está impregnada, inficionada, saturada de angustia, de sobresalto. Escribimos como si estuviéramos en el último día de la paz».

Este era, por lo demás, el concepto, la imagen, la norma mental de todos estos hombres que habían venido de Europa. Traían la imagen fresca de un mundo dramático que está a punto de estallar en una tormenta desesperada y América les parecía un refugio de paz. Al pisar la tierra americana, ya advertían los elementos primarios que parecen estar entregados al dominio del hombre y la tierra misma, como una vasta pradera sin asechanzas, se entregaba rendida salvo en aquellos oscuros peligros que la propia naturaleza ofrece en la

complejidad de sus inextricables zonas. Defenderse de estos elementos insidiosos es fácil para el hombre. La defensa contra las intrigas de una diplomacia artera, contra los nacionalismos exagerados por el temor de un vecino poderoso que está a punto de echarse encima, contra la falacia de los gobiernos despóticos, que irrumpen sobre el espíritu libre para amordazarlo, consti-
yen ya elementos complicados y a veces invencibles, de lucha.

Los acuerdos del congreso fueron decisivos y las declaraciones explícitas. Contra la guerra y a favor de la libertad. Contra el imperialismo como doctrina guerrera, contra el ciego y obstinado nacionalismo como fuerza contraria al espíritu libre.

En todo caso, el Congreso demostró prácticamente que los escritores de todo el mundo se solidarizaban con la necesidad de combatir las injusticias, con la necesidad de combatir la guerra, con la necesidad de defender a los oprimidos y luchar contra la violencia y por la libertad. Todo este programa que no excluye, por cierto la creación artística, fué mal acogido por los que querían declaraciones platónicas sobre las escuelas literarias, sobre la belleza de los romances o de los sonetos, sobre la importancia de vivir encerrados en las torres de marfil, sin saber nada del mundo externo, copiando una realidad ficticia, una vida igualmente ficticia, sin sentir el dramatismo poderoso de la hora que vive el mundo, encorsetados en el egoísmo regresivo y sordo con el cual los escritores de otro tiempo, perdie-

ron grandes oportunidades de hacer el bien y aun de evitar, con su acción, grandes males.

No fué otro el tono de Ludwig en el debate sobre la función social del escritor, en el que también intervino el delegado chileno que esto escribe. Ludwig conquistó inmediatamente la voluntad del público enorme que asistía a las sesiones. Bastó que dijera que tenía el honor de hablar en nombre de los escritores alemanes emigrados y exilados, para que comenzaran las demostraciones bulliciosas. ¿A quién culpar, si es que la parte menos combativa de la opinión quiso demostrar que el Congreso no era un congreso de acusaciones? Por lo demás Ludwig, en este caso adoptaba la única postura compatible con su situación de escritor arrojado de su patria. Sus libros habían sido quemados junto con los de otros escritores y él se creía en el deber de gritarlo ante la asamblea de los escritores de todo el mundo.

No le acompañaba mucho la voz. Su voz era un poco atiplada y algo desagradable. Y daba en cierto modo, la impresión de que estaba cumpliendo deliberadamente una misión trascendental. En efecto, la cumplía. Si se juzga por las voces violentas de la barra, por el hondo silencio que repercutía en la voz misma del orador, en cada período patético de su oración, puede decirse que aquel instante fué trascendental.

Marinetti, el poeta italiano que tenía la presidencia de su delegación, se movía inquieto en su asiento. Quería intervenir violentamente, pues Ludwig había deslizado algunas alusiones molestas para el fascismo. Un-

garetti, otro de los delegados italianos, comenzaba ya a asumir en su rostro esa actitud de fiera herida que tomó días más tarde, cuando Romaines acusó a Marinetti de indigno de presidir una sesión del Congreso. Se contuvo, sin embargo. Tal vez pensó que no era llegada su hora. Por lo demás, Marinetti, que sentía sobre su cabeza rapada, la presión contraria de la barra, lo calmó, estirando su brazo para contener las manos nerviosas del vehemente Ungaretti. El único que sonreía, con cierto aire irónico, era Mario Puccini, el tercer delegado, autor de un libro valiente e iconoclasta: «De d'Annunzio a Pirandello». Puccini era bajito y nervioso y ayudaba a los otros a entender esa alma complicada del francés, que siempre estaba dispuesta a batirse con los delegados italianos. Puccini miraba alternativamente a Ludwig y a Marinetti. Y se sonreía y hasta se burlaba. Era el hombre alegre que no concede mucho valor a lo excesivamente trascendental.

Mientras Ludwig tronaba frenético contra el nazismo, Zweig cubierto el rostro con ambas manos derramaba algunas lágrimas. A su lado, el delgado y pálido Marittain le palmoteaba suavemente el hombro, como para calmar la angustia del autor de «Fouché». Los demás delegados estaban inmóviles y la sala entera parecía encogida en una violenta tensión.

Clamaba Ludwig, levantando los brazos o apuntando con su índice a un punto invisible:

«Nuestros libros, los de los autores que ustedes conocen bien, Heinrich Mann, Thomas Mann, Stefan Zweig, Remarque, Feuchtwanger y muchos otros, luego de haber sido lanzados en muchas ediciones y haber entrado así a constituir un bien del público alemán, fueron de pronto declarados traidores a la patria por un partido que conquistó el poder.

«Los judíos y comunistas no constituyen ni con mucho la mayoría de los que han sido asesinados y encarcelados. La misma suerte se ha deparado a los «arios» democráticos. El eminente Osentzky, que una gran parte de la opinión mundial ha propuesto para el Premio Nobel, languidece en las cárceles del llamado Tercer Reich. La mayoría de nuestros autores incinerados jamás han escrito sobre política. Los dictadores pretenden siempre que sus enemigos son, sobre todo, enemigos de la sociedad. Cuando un escritor no se ajusta a sus doctrinas, se le llama «comunista». Ningún miembro de nuestra sección pertenece o ha pertenecido al partido comunista. En las actas de las acusaciones puede leerse con frecuencia: «Se han encontrado en poder del acusado documentos pacifistas». Hay también autores católicos exilados, sencillamente porque siguen creyendo en el Viejo Testamento. Un autor que no se ajusta al programa filosófico de los «nazis», donde se dice que la guerra constituye una especie de higiene para los pueblos, tiene que renunciar al propósito de publicar sus libros en Alemania.

«No me asiste el derecho de establecer una jerarquía entre los autores alemanes, pero es extraño que casi todos los artistas alemanes aplaudidos en el mundo entero estén actualmente encarcelados o exilados, mientras que ninguno de los autores reconocidos por el Tercer Reich es conocido fuera de los límites del mismo. Los dos autores célebres con que los «nazis» presumen, Stefan George y Oswald Spengler, eran antagonistas de ese gobierno; constituyen, pues, un amor unilateral de los «nazis»; son dos grandes espíritus muertos en un amargo abandono.

«Los poetas y escritores alemanes considerados herejes no me han enviado allende el mar para solicitar la ayuda de sus camaradas extranjeros. Nuestros libros se leen en todas partes del mundo civilizado, mientras que a los escritores del Tercer Reich sólo se les lee en Alemania.

«Es posible que a uno u otro de ustedes les parecería preferible guardar silencio con respecto a este asunto. Es posible que algunos de ustedes vean en nosotros a unos hermanos pobres, cuyos lamentos fastidian. Para ellos quisiera decir; no pedimos nada; pero, puesto que hablamos de la función social del espíritu, me parece una enormidad el que en un gran país se haya desligado al escritor de sus funciones, que se le haya rebajado al grado de un burócrata a sueldo; me parece una enormidad que en el país de Schiller se haya suspendido la libertad de la palabra, de la que ustedes acaban de hablar con tanta devoción».

.....

«En cada congreso se encuentran delegados que pretenden que los P. E. N. Club no tienen nada que ver con la política y que nos debemos ceñir a discusiones académicas sobre nuestra profesión. Casi todos los oradores de ayer han destacado que no tenemos nada que ver con la política y, sin embargo, todos ellos han hablado de política. Se nos invita siempre a permanecer en el Edén del espíritu. Permítanme ustedes afirmar que pronto esos hermosos jardines serán rodeados también, en otros países, por ametralladoras cuyas bocas, por cierto, no mirarán hacia afuera.

«Los límites entre la política y la literatura, ¿dónde están? La producción de libros en Alemania, en los últimos dos años, ha decrecido en un cuarenta y cinco por ciento. ¿Es ese un problema netamente literario? El «fuehrer» ha osado declarar que Weimar—nuestra Weimar—está deshonrada por haber sido la sede de la Nacional Versammlung (Asamblea Nacional) de la

República alemana. ¿Es ese un problema de la política o de la literatura? ¿Acaso pretendemos nosotros que Nuremberg, por ejemplo, está deshonrada para siempre por las reuniones «nazis»?

«El rector de la Universidad de Heidelberg, la más antigua de Alemania, declaró en una sesión solemne que la ciencia objetiva es una palabra y que la Universidad debe pensar únicamente en función del Estado. Otra vez pregunto: ¿es ésta una cuestión política o literaria?

.....

«¿Pueden tales asuntos ser indiferentes a un congreso internacional de escritores? El deseo de actuar contra la barbarie, por la libertad de la palabra, ¿no constituye uno de los principios fundamentales de nuestra asociación; no la reclamó en estos días cada uno de los oradores?

«¿Es posible que todos los que estamos reunidos en esta sala no tengamos con respecto a la guerra una misma opinión? Y, sin embargo, se está preparando hoy la guerra en las escuelas y en las universidades.

«Se me ha aconsejado no pronunciar aquí la malhadada palabra «guerra», para no molestar la atmósfera idílica de nuestra asamblea. Cuando un régimen consigue mantenerse algunos años por lo que hoy se llama su «dinamismo», empieza la mayor parte de la opinión pública a creer en las cualidades de ese régimen.

«Si yo me he permitido llamar la atención sobre estas cosas, es para hacerles comprender que la suerte de los escritores alemanes puede ser, por lo menos en Europa, en el día de mañana, la de ustedes. De un congreso al otro vemos aumentado el número de países sometidos a censura. Si nos es dado reunirnos una vez más antes de la guerra, ese número será mayor todavía. Hoy ustedes están sentados aún sobre la cima de la montaña, pero la inundación sube. Nuestro próximo congreso deberá reunirse, probablemente, en una islita desconocida de Oceanía,

que los historiadores del futuro llamarán el supremo refugio del espíritu.

«El que hace el silencio ante esos problemas obra como aquel astrónomo que al cundir una epidemia dijo: «Todo eso no me importa, yo sólo me intereso por el cielo». Desgraciadamente solo por la epidemia pudo interesarse también en las cosas de esta tierra.

«Hablo, porque considero de mi deber prevenirles. Además he tenido otra razón. Si, más tarde, un historiador habla de un congreso internacional de pensadores y artistas celebrado en 1936, no podrá ya decir que ese congreso ha permanecido mudo ante los peligros inminentes que amenazaban al espíritu y a los servidores del espíritu.

«Estamos con Goethe, quien dijo: «Sólo merece la libertad como la vida, quien sabe conquistarlas día por día». O con el gran argentino Mariano Moreno, quien dijo: «Amo más una libertad peligrosa que una servidumbre tranquila».

Tales eran los puntos de vista de Ludwig. Creo que se comprenderá mejor ahora, la excitación que esas palabras produjeron en la asamblea y la rapidez con que fueron conocidas en toda la ciudad. En los rostros de todos los asistentes se podía ver la huella de la emoción que esos conceptos habían producido. En las galerías y tribunas, se escuchaba ese rumor que tiene algo de los oleajes removidos por ráfagas de viento. Al bajar Ludwig de la tribuna, Zweig se había levantado de su asiento y había corrido a su encuentro con los brazos abiertos. Permanecieron así estrechados unos segundos, mientras los aplausos atronaban la sala. De todos los bancos se tendían las manos hacia Ludwig. De las tribunas destinadas al público salían gritos a la liber-

tad. Era ya el héroe de la jornada. Se presentía que el ambiente del Congreso comenzaba a sufrir las alteraciones tan temidas por los que, involuntariamente, querían hacer del Congreso de Escritores solo una academia de escuelas literarias.

Marinetti como se ha dicho, solicitó repetidas veces la palabra para recoger algunas alusiones de Ludwig. Se la negaron en la presidencia. M. Pierard, el delegado belga que la ejercía ese día, había declarado ya en un arranque de entusiasmo que no había en la asamblea un solo escritor que no desaprobara íntegra y totalmente las actitudes de un régimen que Ludwig acababa de revelar en medio de la estupefacción de la sala. Le entregaba su simpatía incondicional y en ella la de todos los escritores presentes, cuyas intenciones él interpretaba. M. Pierard fué excesivo, porque creo que había varios escritores a los cuales esas palabras del autor de «Napoleón», no habían agradado en manera alguna. Pero el ambiente estaba caldeado y Marinetti, impetuoso y colérico, continuaba insistiendo para que le cedieran la palabra. El delegado portugués Fidelino de Figueiredo y el delegado chileno que esto escribe, estaban inscritos para ese día y no era posible postergarlos. Tales eran los argumentos de M. Pierard.

Pero los argumentos nada valían para Marinetti, que deseaba decir pronto y claro algunas de sus verdades. Pidió excusas a los delegados inscritos y aseguró que sería brevísimo. Había en la sala un bullicio hirviente y la barra hacía manifestaciones hostiles al poeta

italiano. Por fin, le cedieron la palabra por algunos minutos.

Contrariamente a lo que se esperaba, Marinetti hizo una parábola irónica sobre el naciismo, que puso en lugar distinto enteramente al fascismo. El naciismo perseguía a los escritores, pero el fascismo jamás, según él, los había perseguido. Era admirador de Ludwig, pero no le aceptaba que pusiera en un mismo nivel dos formas diversas de la política, sobre todo cuando el podía asegurar que jamás, en los días de la dominación del Duce se había quemado un libro como en Alemania. Nunca en Italia, agregó, se había perseguido a los judíos y nunca en Italia se había perseguido la libertad de pensamiento. Marinetti olvidó las angustias de Croce, la expulsión de Nitti y la destrucción de la biblioteca de este último. Citó, sin embargo, una serie de escritores que eran antifascistas y que continuaban escribiendo en Italia sin ser molestados. Parte de la asamblea aplaudió al poeta italiano y la otra parte hizo demostraciones hostiles.

Marinetti no se inmutó. Los silbidos parecían darle mayor ímpetu, una voluntad más decidida de combate. Tenía el rostro rubicundo, el cuello robusto y un extraño aspecto sonriente que era en él la nota atrayente de su personalidad. Impetuoso, lleno de recursos, ágil de palabra, cuando el calor de las expresiones hacía subir la nota belicosa, su rostro se congestionaba y las venas de su frente y de su cuello se hinchaban como si fueran a estallar. Accionaba abriendo sus brazos o gol-

peando la mesa con el puño, en la actitud de quien está remachando ideas desesperadas. Con su traje de gabardina verde oscuro, ceñido el vestón por un cinturón, tenía el aspecto de un deportista que ha caído sorpresivamente en un Congreso de Escritores. Era él, sin discusión, por la arrogancia, por la seguridad con que se expresaba y por ese acento cálido y potente de su voz, que la asamblea tenía que escuchar, aunque no quisiera. Cuando Marinetti hablaba, los compañeros italianos de delegación, Ungaretti y Puccini, le escuchaban con religiosa atención. El fascismo había operado curiosas disciplinas en estos hombres, que tenían la conciencia de tener una barra enorme en su contra. Pero la desafiaban, sin embargo, con una entereza que hacía mucho más vivos los ataques.

Al día siguiente, se renovaron las discusiones con una vehemencia que parecía iba a dar al traste con todo el Congreso.

Le tocaba presidir a Marinetti—las presidencias eran rotativas y en cada sesión se designaba siempre al que debía presidir la siguiente —La presidencia de Marinetti era ya el anuncio de graves borrascas. Ocurrieron en efecto. Romaines pidió la palabra, se dirigió a la tribuna y se colocó junto al presidente que iba a condenar. El señor Marinetti, comenzó diciendo, firmó hace tiempo un manifiesto a favor de la guerra, en el cual aseguraba que es la sola higiene del mundo. El señor Marinetti apologista de la matanza científica, no puede permanecer un minuto más presidiendo una asam-

blea de escritores que han jurado defender la paz. ¿Qué hace la asamblea?, preguntó Romain. Su camino está indicado. Puede calcularse el efecto de esas palabras. Sucedió un silencio profundo. Marinetti quiso replicar. Su rostro estaba congestionado. Pero tuvo calma para escuchar hasta el último a Romain en su fría y sistemática repulsa al poeta. La asamblea, continuó Romain, debe evitar que el señor Marinetti la presida, porque tal cosa, de ocurrir sería un golpe fiero para el Congreso. En este punto, estallaron manifestaciones ruidosas, de la barra.

En el mismo instante Ungaretti, se levantó de su asiento en las filas de atrás y mostró los puños en alto a los delegados franceses que se encontraban en las primeras filas. «Cochons—gritó... cochons...». Parecía una fiera enjaulada. Comenzó a pasearse por el angosto pasillo que queda entre una y otra hilera de bancos. A cada paso, levantaba los puños y lanzaba gruesas exclamaciones contra la delegación francesa. Entretanto Marinetti había logrado hacerse oír en el tumulto y golpeando con ira, el puño sobre la mesa, atacaba a Romain, Duhamel y Cremieux que, sentados juntos, con la cabeza inclinada dejaban pasar sonrientes el chaparrón. Marinetti condenó la política de Francia. Esta vez se estaba ya en pleno dominio internacional. Europa había tomado por su cuenta el Congreso y las deliberaciones se habían convertido o amenazaban convertirse en una disputa de italianos y franceses. «La política francesa—rugía Marinetti—no ha olvidado la conquista de Etiopía ni

ha querido olvidar las sanciones que amenazaron con el hambre a cincuenta millones de italianos. La defensa de un país es sagrada, cuando hay enemigos externos que tratan de cercarla para hacerla sucumbir. ¿Es eso lo que el señor Romaines ha traído al debate en el ataque a mi persona? Prescindamos de mi persona—agregó—yo defiendo la patria, defiendo una Italia que los señores delegados quieren ahora deprimir»:

Los delegados franceses movían la cabeza como si quisieran decir: «Marinetti comienza a perder la razón... Nosotros no hemos atacado a Italia». Duhamel se levantó un segundo para declarar que él era un admirador de Italia. Cremieux hizo lo mismo. Yo... dijo... yo, enemigo de Italia, qué tontería...

Pero Ungaretti frenético quería saltar al cuello de alguien. Ungaretti, montañés y violento, con su rostro congestionado, con sus ojos brillantes detrás de sus lentes, continuaba gritando barbaridades a los franceses: «Canallas... Provocadores de guerras... Canallas»...

El delegado holandés que estaba cerca lo contuvo amenazándolo, a su vez, con el puño y obligándolo a sentarse. Ungaretti recordaba en la belicosidad, en el trastorno de su sangre, en la cólera de que estaba poseído, a esos hombres sanguíneos, impulsivos, de Italia que arremeten ciegos contra los que les han inferido una ofensa en su honor.

La sangre no llegó al río. No podía llegar, aunque la suerte del Congreso pareció vacilar sometido a esta doble presión que por un lado trataba de prolongar el

debate y por otro atemperarlo. La barra estaba esta vez en su elemento. Pero el presidente de la delegación argentina, Ibarguren y sus compañeros de delegación hicieron grandes esfuerzos y lograron evitar que la asamblea terminara en forma violenta e irremediable.

El espectáculo que habían dado los delegados de Europa reflejaba perfectamente la situación misma de Europa, en sus violentas pasiones. ¿Había algo ya determinado con anterioridad? ¿Llevaban los delegados alguna instrucción secreta que no podía ser suficientemente esclarecida por los otros delegados? Es difícil saberlo.

Lo cierto es que la escena fué bastante sugestiva y los delegados americanos recibimos una lección de pasión que aunque extraña al Congreso mismo, revelaba que en Europa la planta hombre, según lo ha dicho Alfieri, subsiste poderosa y vertical. En aquellos hombres que mostraban los puños y en los otros que se contenían en una fría corrección chispeante, podía verse lo que el hombre europeo encierra de violento y hasta de primitivo. América parecía en el Congreso, una vieja raza cansada, que evita los altercados y teme descomponer una epidermis muy ceñida, y muy pegada a los huesos. En la tierra de los grandes rios turbulentos, los hombres estaban inmóviles como remansos.

Europa dominaba en el Congreso. Esta verdad se manifestó claramente a lo largo de todas las sesiones. Europa presionaba por las ideas y los sentimientos. Europa, era en fin, la que orientaba y llevaba los debates al más alto grado de la tensión. Entretanto América seguía sumisa.

No escribo bajo ninguna advertencia especial y me limito sólo a dar una visión aunque no en totalidad estrictamente personal de ese interesante Congreso. Mi sentimiento es de otro carácter. Proviene de advertir sin que para ello exista por ahora remedio alguno eficaz, una servidumbre demasiado visible a Europa. Insisto en que no hay reproche, queja, ni amargura. Es el hecho americano en su más desnuda evidencia. América no tiene aún la fuerza intelectual suficiente para determinar con sus hombres de letras, una exaltación de los valores espirituales. Es probable que muchos no lo sientan así. Es probable también que haya otros que estén de acuerdo conmigo.

Una verdad es la que salta o saltó a los ojos de todos los observadores. La dominación europea en el Congreso restó importancia a los delegados hispanoamericanos que no quisieron intervenir en los debates sino en forma muy pasajera. La barra misma no les concedió sino escasa importancia, porque la barra, hay que decirlo, no iba con el propósito de ver a los escritores de América, que apenas conoce, sino a los de Europa que son los que mantienen el señorío intelectual del mundo. Todo esto es también lógico y no hay

para qué ocultarlo. Es una verdad que, por desgracia, no será transformada sino en muchos años. Dependemos de Europa, no sólo por la economía sino por las ideas y entre un escritor europeo de segundo orden, pongamos por caso, y un escritor americano de primera fila, la opinión versátil de estos pueblos siempre preferirá al europeo. América se ha acostumbrado, en la educación de sus sociedades, a vivir pendiente de Europa. Las leyes, los hábitos, las costumbres todo fué hecho a la medida europea. Un siglo entero, el XIX, fué de extracción puramente europea y la literatura y la política, se inspiraron en los moldes que Europa daba al mundo.

Aunque es odioso hablar de sí mismo, no queda en este caso otro remedio. El delegado chileno que esto escribe, intervino en el debate sobre la función social del escritor, en el que habían tomado ya parte en la sesión anterior, el delegado argentino Mallea Duhamel y Sofia Wadia de la India, sólo para fijar, aunque someramente, como lo permitía el tiempo concedido para usar de la palabra, lo que América representa en la obra de sus novelistas, por supuesto enteramente desconocidos en Europa.

Dijo el delegado chileno:

«El debate promovido por la escritora Victoria Ocampo, de la delegación argentina acerca de la posible función social del escritor, es en extremo interesante y determina para los escritores de América una caudalosa corriente de fervor. La función social del

escritor en estos países es dura y está llena de sacrificios. Me atrevería a afirmar que desde hace casi un siglo no ha sido otra cosa que una permanente lucha en el dominio de las pasiones hostiles que el medio levantó contra el escritor. De esta suerte el escritor ha sido siempre un forzado. No ha tenido sino escasas compensaciones, innumerables amarguras y ha sido perseguido y crucificado por las sociedades, cada vez que levantó muy alto la voz de protesta. En Europa el escritor vive sostenido por grandes núcleos, a veces por grandes masas de lectores que le estimulan y en cierto modo le defienden. En América, el escritor está siempre solo, o mejor dicho vive entregado a su propia suerte. Porque América no es Europa. América es el continente del «tercer día de la creación», como expresó ya un europeo ilustre que lo visitó. Y los hombres de Europa forman en el continente del sexto día de la creación. La diferencia es fundamental.

El escritor tiene en América deberes muy graves, responsabilidades heroicas y si los escritores americanos respetan la obra gigantesca de la cultura occidental, de la cual derivan por la educación, están, sin embargo, obligados en este período de desconcierto y de tragedia a levantar la condición moral del hombre americano, a suscitar con su acción literaria, con el grito de sus rebeldías, una nueva conciencia unitaria para estos pueblos entregados a su propio destino.

Nosotros no hemos encontrado sino dificultades aun dentro de nuestros propios medios familiares. Hemos

luchado denodadamente y continuaremos luchando sin descanso, por elevar los dones inmarcesibles de la cultura y hacer así de la obra literaria, no una empresa exclusivamente estética, sino una empresa al servicio de las grandes angustias humanas de estos países. La pura contemplación es un renuncio y la obra del escritor tiene que ser pasión, calor humano, comprensión de las profundas heridas abiertas por las injusticias. Para los escritores es imperdonable el silencio, la expectación. Porque la naturaleza es salvaje y sus montañas, sus ríos, sus desiertos, sus ásperas cordilleras se han colocado como inmensos designios obstructores en el camino cordial del hombre americano.

La creación de la obra pura, supone una tradición cumplida, un largo dominio sobre las organizaciones políticas y sociales, un absoluto contento íntimo que vive escondido en lo más hondo del ser: contento de las cosas benéficas ya logradas y la defensa del espíritu es problema que atañe, en general, a todos los escritores.

No fué América la que desencadenó el atroz conflicto de Europa, ni fué América la que abrió la sima profunda de la guerra, instante definitivo que cambió totalmente la tabla de los valores humanos y sociales. No está dicho esto en el sentido de un reproche. Anoto, simplemente, el fenómeno iniciador de las grandes rebeldías y de las grandes crisis del hombre y de la sociedad. Comienzo de trágicos naufragios espirituales.

América forja lentamente su cultura, sin pretensiones de sobrepasar las culturas madres. Somos herederos de

la técnica; pero, aparte de la técnica, hay una carne americana, una sensibilidad americana, un dolor americano, una desesperación americana. Eso es la obra de sus escritores y esa es la médula de su función social: mostrar y hacer que sea menos duro el dolor.

Las grandes novelas de América, que Europa desconoce, que acaso Europa ignora en absoluto, entrañan los comienzos de una revolución espiritual. Es decir, son los primeros síntomas de una nueva epopeya emancipadora en el arte, puesto que levantan del dolor y de la ciénaga del abandono a los héroes humildes, a los olvidados y postergados, para colocarlos en la atmósfera de la justicia. Los grandes novelistas de América, desconocidos en el resto del mundo, trazaron sin quererlo acaso, estas sendas que hoy buscamos, de la función social del escritor. De esta función, que no es política menuda, ni inscripción en un partido determinado o en un grupo revolucionario, sino simplemente heroísmo para mostrar la herida allí donde sangra, el puño crispado en el rincón en donde amenaza, el lamento de los vencidos allí donde resuena amargo y enconado. En suma, compenetración con la verdad y el espíritu de estas tierras.

No necesitaron pertenecer a un partido político, ni fueron hombres impulsados por pasiones mezquinas de bando los novelistas y ensayistas de América que trazaron la epopeya del cauchero explotado en Colombia, como en «La Vorágine», de Eustasio Rivera; el torbellino de la revolución sangrienta en México, como en

«Los de abajo», de Azuela; la miseria petrificada y doliente del indio del Altiplano, en Bolivia, como en «Raza de bronce», de Alcides Arguedas; la crueldad bárbara del llanero, dueño de todos los horizontes, en Venezuela, como en «Doña Bárbara», de Gallegos; la triste y miserable condición del roto de los suburbios de las grandes ciudades, en Chile, como en la novela de Joaquín Edwards, la existencia sórdida y vegetativa de explotación, en los cerros costeros de algunas regiones chilenas como en «Zurzulita», de Mariano Latorre; la condición bestial de los indios aplastados por la doble presión de la naturaleza y de los poderosos, en Ecuador, como en «Huasipungo», de Jorge Icaza; las luchas feroces entre blancos y colorados en Uruguay, como en algunas novelas de Carlos Reyles; la libertad encendida de horizonte y aventura en Argentina, como en «Don Segundo Sombra», de Güiraldes; el suplicio, en fin, de los ofendidos por las largas injusticias sociales o políticas, como en la obra múltiple de los novelistas y ensayistas nuevos de toda América, cuyos nombres por la premura del tiempo, no puedo citar.

Fué América misma la que les dió vida. América con sus pasiones. La naturaleza, el hombre, los dramas y problemas terribles que son carne y espíritu de América. Por eso creo que la función social del escritor americano, consiste únicamente en el valor para soportar las responsabilidades y el sacrificio que supone mantener la verdad y defenderla por encima de todo, ahora

que no siempre se defienden por el mundo civilizado la verdad y la justicia».

Cuando el delegado chileno terminó este discurso— será permitido decir que con una cálida y viva manifestación de aprobación de la barra y los delegados— el escritor portugués Fidelino de Figueredo, hombre de noble y grata recordación para el que esto escribe, se acercó para decirle que él subscribía todo lo dicho por mí, pero que quería hacer una salvedad: él no se contaba entre los europeos indiferentes a América, puesto que conocía muchos escritores americanos, y había leído muchas de las grandes novelas americanas citadas.

Quiero decir, que si alguna importancia tiene ese discurso debe encontrársela sólo en el hecho de que una voz americana, dijo algunas palabras sobre el espíritu de este vasto cuadro de la tierra que pisábamos. Nada más.

Imágenes

Son muchas las notas que han caído en la cartera de apuntes, mientras transcurren los días, y se suceden las sesiones del Congreso. Pero no se puede prolongar demasiado esta visión personal y, por lo tanto, entresacaré sólo algunas.

• • •

Ludwig está siempre en la postura del escritor de una Alemania libre. Le interesa sin duda dar esa sen-

sación y debe haberlo logrado, porque la barra siempre lo aplaude con una insistencia sólo comparable a la que le tributa a Romain. Cada vez que Ludwig se levanta para decir alguna cosa, la barra aplaude con estruendo. A veces, Ludwig no dice nada interesante. Pero el público cree que siempre va a pronunciar otro discurso como el anterior...

En cambio en Zweig hay tristeza y afabilidad. Un bigotito recortado unta de negro su labio. Le veo siempre cerca de nuestros bancos, inclinado, tomando notas. No creo que siga los debates con la atención que demuestra. Pienso que traza los esquemas de alguna nueva heroína. Una vez unas mujeres jóvenes, en un paseo a el Tigre, interrogaron a Ludwig, creyéndolo Zweig, acerca de si estaba escribiendo otra biografía de alguna mujer. «Yo—respondió el teutónico—no hago sino biografías de hombres. Las mujeres se las dejo a Zweig... No soy Zweig».

En efecto no era Zweig.

El irascible Ludwig camina siempre de prisa, pisando primero con los tacos a la manera semita, algo inclinado hacia adelante. Su frente se ensancha en una calvicie larga y unos mechones de pelo le caen sobre las orejas. Tiene los ojos pequeños y capotudos, ligeramente tercos. Es vigoroso, ancho de espaldas. Viste un traje gris de «sportman». Su voz es atiplada y esto sin duda no ha debido agradar mucho. Algunos delegados lo encuentran desdeñoso. Yo creo que es simplemente un escritor muy leído, que conoce el terreno que

pisa y a los innumerables lectores nuevos que agregará a su conquista.

* * *

Zweig no ha querido hablar en ninguna de las sesiones. Vive como ausente y da la sensación casi completa de un hombre tímido. La palidez inmóvil de su rostro, esa mirada fija, que parece regresar siempre de un punto muy lejano, le dan al rostro alargado, de perfil muy pronunciado, algo de una máscara.

La gente lo mira con una curiosidad que parece decir: ¿Es este el hombre que ha penetrado los laberintos intrincados de la historia? Creo que a Zweig le molesta este tumulto que las mujeres forman en torno de él. Lo persiguen para que firme las páginas de los álbumes que todas llevan en la mano. Es leído y admirado. Esta impresión se revela con rapidez. Las mujeres lo buscan con la mirada en la sala de sesiones o van por la tarde a esperarlo en el «hall» del hotel a esa hora en que los delegados, poco antes de dirigirse al comedor, realizan esa presentación cotidiana que se parece mucho a una feria de vanidades. Sentados en las mesitas del «tea room», beben su «whisky» o charlan con los visitantes, entre las miradas lentas e insistentes de los curiosos. El «hall» y el «tea room» del City Hotel en donde todos los delegados están hospedados, constituye un espectáculo extraño que atrae a muchos curiosos. Es el museo de las celebridades. Los delegados en-

tran y salen por entre los grupos de gente de pie; sue-
nan sin interrupción las campanillas de los teléfonos y
los «grooms» se mueven por entre las mesas nombrando
en alta voz para ubicarlos, a los delegados solicitados
en el fono: «Monsieur Marinetti . . .». «Monsieur Cre-
mieux . . .». «Monsieur Sanín Cano . . .». etc.

* * *

Algunos o algunas se acercan a mirar los ojos de
Romain. Quieren escrutar tal vez esas gotas de un
azul frío, que miran con rápida insistencia, indiferen-
tes o como lejanas. Romain se muestra displicente a esa
curiosidad que seguramente le molesta, pues adivina
que para los curiosos, además del escritor, es el sujeto
raro en el cual se rastrea la huella del capricho o de
lo pintoresco. Romain es el que menos acude al «tea
room». Es desaliñado. En general los delegados euro-
peos son excesivamente sobrios en el vestir. Tan sobrios
que muy pocos han cambiado de traje, con lo cual en
nada se distinguen de los demás mortales.

Duhamel tiene el rostro fresco de un sacerdote. Es
alto, de buena contextura, muy afable y bondadoso.
De pronto la impresión cede su lugar a la imagen de
un campesino rico que ha venido con su mujer y su hijo
a recorrer las vastas tierras de la pampa. Esta impre-
sión es más acentuada, cuando se le ve regresar por las
mañanas, temprano, después de su paseo matinal por

las calles de Buenos Aires, envuelto su cuello en una bufanda blanca, para evitar el viento punzante de la ciudad. Ese viento que parece arrastrar desde el desierto de la pampa el hielo de la albada.

Duhamel es distinto de Romain. Romain es el intelectualismo puro, Duhamel ha hecho un culto de la sensibilidad, del dolor y sueña con una humanidad henchida de ternura. Su contacto con la guerra, en la que estuvo como médico, con el trágico destino de los hombres, le ha dado un sabor hondo de piedad a su literatura tan rica en sugerencias humanas. Romain es sutil y se goza en el análisis de los grandes sucesos de la vida del hombre. Es más seco, pero siente con más profundidad el drama del tiempo.

• • •

Cremieux irrumpe con su barba negra, su perfil judaico, su rostro desafiante. Es bajo, un poco rechoncho y usa invariablemente un sombrero de paño café, de copa redonda y achatada. Tiene el aire de un cazador que regresa con las botas cubiertas de lodo y el morral a medio llenar. Hay algo de desenfado en su figura recia. Este desenfado se mostró casi sin velos el día que interrumpió al delegado de Colombia Sanín Cano, para decirle que el idioma español no tenía por qué ser incluido en una revista internacional de los P. E. N. Club que un delegado había propuesto fundar

en Londres redactada en francés, inglés y alemán. Para Cremieux, el español no tenía la importancia de esos otros idiomas. Fingió ignorar o lo ignora del todo que el español es hablado por cien millones de hombres. El Presidente de la sesión al darse cuenta de la «boutade» de M. Cremieux, optó por clausurar rápidamente el debate sobre la revista internacional, a fin de evitar la tormenta que habría estallado contra el barbudo delegado, de haber continuado discutiéndose la moción en el tono destemplado de Cremieux.

• • •

Maritain aparece siempre con los ojos un poco fruncidos, como si la cruda luz del Atlántico molestara su visión habituada a las pesquisas en el penumbroso reino interior. Maritain es alto, ascético, con una melena cubierta de ceniza. Su voz delgada y pálida es la expresión exacta del hombre interior. Como Duhamel o como Romain, su rostro está envuelto en una intensa preocupación. Se diría que estos hombres presienten la proximidad del cataclismo y están atentos para escuchar los primeros lamentos de la convulsión. Al subir a la tribuna para intervenir en el debate sobre la inteligencia y la vida, Maritain deja oír esa voz fina, tenue, como escapada de la boca inmaterial de un mártir. «La razón y los principios materiales de ella derivados—expresa—son los materiales de supremo valor en la vida individual y en la social. Maritain está apoyado en la filosofía cató-

lica, como en un báculo. Sobre todo en Santo Tomás. La razón fracasa a menudo—añade con una voz apenas audible—en virtud de que lo biológico prevalece sobre lo racional, de lo cual se deriva una ley que atrae la historia humana hacia lo irracional y otra que procede a la inversa. Lo divino es para Maritain el término de todo camino». El tomista ya célebre, es también suavemente aplaudido. La barra si no quiere saber mucho de estas abstracciones, saluda, sin embargo, al representante francés de la filosofía católica con fervorosas manifestaciones.

* * *

Madame Ludwig conversa con Alfonso Reyes, bajito y cordial. Madame es una mujer de regular estatura, de indudable belleza pasada. Pasada porque ahora Madame tiene algunos años y su perfil demuestra el encanto que huye. Usa siempre un sombrero negro, grande, que le enmarca el rostro maduro y elocuente. Está siempre pendiente de su marido. Porque ella tiene la conciencia de ser la mujer de Ludwig, la compañera y colaboradora de este escritor, al que todos quieren manifestarle su admiración. Madame Ludwig se sienta cada vez en un sitio distinto en la sala de sesiones, como si quisiera mirar desde todos los ángulos a ese marido tan aplaudido por la barra. Cuando otras mujeres rodean a Ludwig, para hacerle hablar o firmar las páginas de un álbum, mandame sonríe. Ludwig la busca con los

ojos. Y al encontrarse las dos miradas comprensivas, él se siente desde ya seguro y ella vuelve a sonreírle con la serenidad de la mujer que conoce lo más íntimo del hombre célebre. Aquellas mujeres... Pero, en fin... Un escritor célebre es eso, un hombre que todos quieren ver de cerca, palpar, hacer hablar o hacer caer. En los banquetes, a los que suelen asistir algunas señoras de delegados, Madame tiene cuidado de saber por instinto, el sitio que ocupará Ludwig. Muy cerca o frente por frente. Entonces está satisfecha. Puesto que ella es la compañera y parece fluir de sus ojos, del dibujado de su boca un poco grande, pero atrayente, la sombra de la posesión plenamente lograda.

* * *

Madame Duhamel es más recogida en sí misma, más bella, alta; de porte distinguido, con un rostro pálido de artista, madura y bien perfilada. Viste sin ostentación. Ha debido ser una mujer de extraordinaria hermosura, porque conserva el visible y poderoso encanto de lo que fué, de las admiraciones que vió rodar a sus pies, de las palabras que resbalaron cerca de ella, cuando pasaba entre filas de hombres. Dicen que fué una artista dramática. Es probable. Si no lo fué, tiene el fino viento circundante de la vida que ha triunfado en largas y apasionadas aclamaciones. Su hijo es un efebo, alto como sus padres, rostro fino, los ojos soñadores, esbelto, con una melena un poco revuelta. Las

chicas lo buscan sin encontrarlo. Yo lo he visto vagar por las calles, curioseando, impregnándose del tumulto de la ciudad.

• • •

Observo a Diez Canedo, a Almagro de San Martín, y a Esterlich delegados de España y pienso en los escritores muertos en la sangrienta revolución. Se ha evitado cuidadosamente hablar de España. Algunos delegados quisieron promover una discusión. Pero . . . hay la experiencia de fascistas y antifascistas y se ha preferido guardar silencio.

• • •

Leivic, el delegado judío, tiene una melena blanca y el rostro sonrosado. Pronuncia un discurso en inglés sobre las persecuciones de los judíos en Polonia. Está inmóvil mientras habla, pero su mano izquierda subraya con extremada violencia, con una poderosa entonación muda, los conceptos contra esa injusticia. Su discurso es una acusación.

Una acusación a los escritores que permanecen indiferentes, o ciegos, o sordos a las persecuciones. Apostrofó a la literatura que se pone al servicio del despotismo y olvida sus deberes para con los que sufren. La mano vehemente se ha unido a la que sostiene el papel en que lee, y juntas al terminar, mientras se dispone a aban-

donar la tribuna, arrugan nerviosas la hoja. La sala entera aplaude con inusitado vigor.

* * *

Cuando Sofía Wadia se dirige a la tribuna envuelta en su manto blanco me da la impresión de una flor en movimiento. Es un poco la nota exótica, con sus brazaletes, sus collares de piedras y sus pies desnudos. La delegada de la India se ha conquistado todas las simpatías. Dice cosas muy bellas. Tiene el rostro moreno, los ojos ardientes y en la frente resalta el lunar de la virtud. La barra le hace siempre objeto de grandes manifestaciones, porque es bella, indudablemente, y al caminar se desliza apenas como las palomas.

* * *

«Queda de estas reuniones algo más que un vago rumor de palabras... Esto lo afirma el escritor Carlos Ibarguren, presidente de la delegación argentina, al clausurar el Congreso. Algo más, ciertamente. Los escritores, por ahora, no tienen fuerza para otra cosa, sino para decir verdades. Si esas verdades perforan la cáscara del egoísmo, de la injusticia petrificada por las tradiciones y hunden su punta en el corazón de los indiferentes, las palabras se convierten en realizaciones. El Congreso que comenzó siendo duramente atacado, terminó aplaudido por todos. Quizá, más aplaudido por

los que lo atacaron al comienzo, juzgándolo un Congreso para estetas puros.

La función social del escritor planteó debates de extraordinario interés; fué la llama vibrante que agitó la opinión pública y la echó desbordada sobre el Congreso para afirmar y aplaudir la palabra de los escritores. Signo promisor de que América comienza a entender y a estimular la palabra de los intelectuales.

El debate sobre la inteligencia y la vida, más abstracto y más filosófico, demostró que los escritores no abandonan ese punto de vista de las especulaciones puras, y el debate sobre el porvenir de la poesía, aunque apenas rozado por la premura del tiempo, fué también una muestra de esa elevación espiritual que es sólo una parte integral del escritor. Se dijo que la libertad es el don supremo y torcerla es traicionar la misión del hombre de letras. Se aclamó un mensaje a los gobiernos del mundo, para defender la paz. ¿Qué los gobiernos continuarán sordos? Allá ellos. Se condenó en forma elocuente a los gobiernos tiránicos que han perseguido al escritor, que han envilecido la noble misión intelectual. Se dijo que no eran gobiernos dignos los que prostituían al hombre de letras y lo obligaban a callar, cuando se disponían a decir la verdad y enjuiciar a los déspotas. Se condenó a los escritores que viven al margen del drama humano, encerrados en sus ruinosas torres de marfil, mirando pasar la corriente caudalosa del dolor y de las injusticias, mientras ellos están cómodamente instalados en sus butacas y se rego-

dean con los versos o con las chismerías inútiles, y se asoman a la ventana a contemplar la puesta de sol, sin ver a los que son perseguidos, humillados y desconocidos y aun cantan loas a los tiranos.

Eso fué todo.